Año VIII. — Núm. 13[illegible]

Sabadell 23 Diciembre 1905

EL TRABAJO

Periódico obrero bimensual * * * * * * * Redacción y Administración: Estrella, 110

El próximo número de EL TRABAJO (134) aparecerá el día 13 de enero de 1906.

¡En Oriente!

Carta abierta al director de "Régénération"

(CONCLUSIÓN)

Cuando llegué al territorio chino, mi primera carta la principié así: «¡En fin, ya hemos pasado de la barbarie á la civilización!» Ciertamente no exageraba en manera alguna al expresar tal concepto, y cuanto más entraba en relaciones con los hijos de Han, tanto más sentía crecer mi simpatía hacia ese pueblo tan trabajador, tan manso, tan cortés.

No se le puede reprochar más que una sola cosa: su concepción ó idea de la familia, que es la de nuestra clásica antigüedad llevada al paroxismo del fanatismo. El culto de los antepasados convierte á los vivos en esclavos de los muertos; las tumbas roban al cultivo una superficie de terreno de día en día más extensa, de manera que, si una revolución no interviene en las costumbres morales, dentro de poco tiempo la China no será más que un vasto cementerio. Por otra parte, los chinos consideran la obligación del matrimonio como una regla de moral absoluta é infrangible.

Los padres casan á los hijos á los doce años, y éstos, sin perder tiempo, se esfuerzan para tener hijos lo más pronto posible, por dos razones: una es el deseo de tener una posteridad masculina, la cual asegurará su culto fúnebre, ya que sin este requisito quedarían convertidos en verdaderos infames; la otra es que los hijos deben, desde que puedan hacerlo, mantenen á los padres. Por tal razón se ven á hombres que aun no han llegado á los cuarenta años, no ocuparse más del trabajo, dejándolo para los hijos y se hacen mantener en la ociosidad por su desgraciada progenitura.

El cálculo es innegable, y el hombre de la trenza negra razona, sin darse cuenta, como el campesino siciliano, que ve en los hijos una fortuna, un don del cielo, porque los vende para las minas de azufre ó á las fábricas ú hornos de vidrio, y como el colono americano, que producía, con detrimento de sus mujeres esclavas, mulatitos que en el mercado se cotizaban á un precio muy estimado. Siendo, en China, las hijas menos útiles y menos productivas, se las quiere menos, se las cuida mal ó bien se les acorta á menudo la existencia sumergiéndolas en los barriletes de las letrinas: esto se llama «enriquecer el abono». Es verdad que la fundación de colonias europeas ha aumentado por sus cercanías el valor de compra y venta del sexo femenino. Es uno de los espectáculos, lo más curioso y lo más repugnante á la vez, el que se ven en Sanghai, en la calle Foutcheou, donde niñas de diez años, lujosamente vestidas, engalanadas, son llevadas sobre los hombros de sus padres ó de sus hermanos á las casas de prostitución ó los burdeles de los europeos.

El desbordamiento sin freno del número de nacimientos convierte á la China en uno de los países más desgraciados de la tierra. Aunque los chinos sean los mejores cultivadores al propio tiempo que son los más sobrios, el equilibrio se quiebra sin cesar entre el consumo y las subsistencias, y se restablece de una manera casi periódica por terribles medios de que dispone la natura: epidemias, inundaciones, guerras intestinas ó extranjeras, después de las cuales muchos viajeros han hallado un desierto donde años anteriores eran comarcas y en ellas se extendían verdaderos hormigueros humanos. Hay provincias en las cuales el comercio ó trata de carne humana se hace abiertamente en mercado público, y el desgraciado «coolfe», contratado para las colonias europeas, que muere en el camino, es despedazado por los campesinos de los alrededores, que olfatean los cadáveres como las aves de rapiña.

Este exceso de población arrastra á la emigración, y ya se sabe el género de sufrimientos que entraña á los desgraciados que se resignan para tal recurso. ¡Quién no ha oído hablar ó relatar de los parques destinados á los chinos en el Transvaal! La necesidad de hallar tierras para cultivar ha hecho que, de la Mandchuria sobrepoblada, se refluyeran los hijos del Celeste Imperio sobre los

bordes del río Amor, donde pululan, á pesar del muy reciente recuerdo de las atrocidades rusas.

Y así indefiinidamente este pueblo sufrirá, se fatigará y morirá, diezmado por un trabajo sin descanso, se pudrirá en la miseria orgánica y económica, siendo para las otras naciones un peligro ó un estorbo grave, por falta de comprender que existe un límite á la fecundidad de la tierra al cual debe coresponder otro, siendo éste el de la especie humana.

Esto que acabo de decir de los chinos hay que decirlo también de todos los pueblos del Extremo Oriente: del Japón primeramente, que en una superficie de 400,000 kilómetros cuadrados (la Francia cuenta 532,000) cuya mayo parte no es cultivable, alimenta más de cuarenta millones de hombres. Los fisiologistas japoneses han demostrado que el término medio de la ración alimenticia de sus conciudadanos es de mucha más inferioridad que la ración mínima tal cual la fijan los sabios europeos. Por consiguiente, la población en donde la pobreza sobrepuja lo que nos podemos imaginar, es ruin, desmedrada y achaparrada. También han tenido que pensar en emigrar, y por no poder vivir en las islas del Norte, por ser demasiado frías, y en las de Formosa por demasiado malsanas, el Japón ha tenido que fijar su elección en la Corea. Es la misma indigencia quien ha acorralado á los nipones á la guerra actual.

Más hacia el Sud hallamos la Indo-China, con sus deltas tan sobrepobladas, que estos pantanos, donde la mitad, á lo menos, de la superficie los cubre el agua, tendrían, según se dice, una densidad de 400 habitantes por kilómetro cuadrado. Sin duda las altas montañas parecen querer acoger habitantes en sus vertientes y mesetas, pero ¡poco les importa á los annamitas de la llanura, puesto que no pueden vivir en ellas igual que los montañeses en las costas!

¡Y Java! Hermoso país, que todos los partidarios de la política colonial citan como un modelo de explotación—y tomad esta palabra en todos sus sentidos y significados—. Ahí también la población ha llegado á su límite extremo, y los indígenas, no pudiendo más alimentarse, á pesar de su excelente cultivo, se dirigen hacia Sumatra, que pronto será, á su vez, demasiado pequeña.

En cuanto á la India inglesa, la he calificado como un pueblo que muere sobre una tierra que se agota. Me pregunto á ver si este inmenso imperio, donde el clima va desecándose por efecto de la tala de los bosques, los desiertos reducen de día en día la superficie cultivable, donde los arrabales de ciertas grandes ciudades son invadidos por la arena y no son habitados más que por los monos, podría alimentar suficientemente cincuenta millones de hombres. Y, sin embargo, viven trescientos millones de habitantes, embrutecidos por odiosas y ridículas supersticiones y desollados por la más inaguantable de las fiscalizaciones que el mundo haya conocido desde el Bajo Imperio Romano. A falta de guerras civiles, que la fuerza inglesa reprime é impide, los azotes naturales ponen á raya el pululamiento: las hambres no cesan nunca: en un solo año mató más de treinta millones de desgraciados. Los turistas se llevan como recuerdo tarjetas postales que representan esqueletos ambulantes y las hogueras donde se hallan en confuso montón los cadáveres entre malezas inextrincables. Y ¡qué diremos del cólera, de la peste, de las viruelas y del tifus! Se sabe que la mortalidad reconocida en París como excesiva es de un millón de defunciones por semana. Cuando me marché de Bombay se contaban, por cuatrocientos mil habitantes, cuatrocientas defunciones diarias de peste solamente; y las otras enfermedades que más arriba he enumerado bastaban para elevar la cifra de la mortalidad de esta desgraciada ciudad á un número que sobrepuja al de las ciudades de Europa más insalubres. Esta mortalidad se explica claramente por las condiciones en que viven los indígenas, su alimentación insuficiente, su aglomeramiento en las viviendas malsanas, y, debido al tiempo que duran los trabajos destinados para mejorar la higiene pública, aumentan la sobrepoblación y el precio de los alquileres, disminuyendo el número de locales disponibles para una población siempre en aumento. Los ingleses consideran filosóficamente los sufrimientos de sus súbditos, y dicen en sus conversaciones que todos esos azotes son beneficiosos, porque son necesarios para mantener en los límites razonables á una población que sin esos azotes llegaría á ser excesiva.

Si por todo el Extremo Oriente la población es excesiva, los europeos que pretenden dotar á nuestros desgraciados hermanos, de piel amarilla, blanca ó negra, con nuestra civilización, no han hecho más que aumentar sus sufrimientos. Porque no piensan en el único beneficio que se les puede ofrecer: la enseñanza de las prácticas neomalthusianas para la prudencia en la procreación.

E. Tarbouriech

El pueblo y los estadistas

Decía en mi anterior artículo titulado *La miseria en Inglaterra*, que, si el gobierno inglés fuera verdaderamente popular, él debía ser el indicado, y no la masa proletaria, la nube de los Sin Trabajo, el que debía

exigir la inmediata ocupación en fábricas y talleres de todos los huelguistas por medio de una saludable disminución de horas de trabajo y sin rebaja de salario; pero, en vez de esto, ¿qué ha sucedido y qué va á suceder?

Ni gobernantes ni gobernados dan en el clavo de la cuestión. Éstos prefieren mendigar, aquéllos prefieren cumplir con los compromisos de la clase á que pertenecen, y por esto ha sucedido que una turba de hombres, mujeres y niños procedentes de los barrios más inmundos de la populosa y espléndida Londres, paseando sus harapos y mostrando caras hambrientas, han desahogado sus dolores concurriendo á los puntos más aristocráticos de la ciudad, pensando con infantil lógica que de este modo impondrían la limosna de una solución definitiva á los poderosos, arrancándola por el sistema del asco y del horror. Todo inútil; el poderoso, cuando cruza la calle, ante tales perspectivas, vuelve la cabeza indignamente haciéndose el distraído; y cuando observa estas manifestaciones de la miseria y mansedumbre humanas al través de los cristales de su suntuosa morada, una finísima cortina de seda le basta para borrar al instante las molestias de la multitud, siempre pedigüeña é inoportuna.

Sí, Londres, Inglaterra, es la cuna de la democracia, es la incubadora de la libertad. La Londres oficial, autoritaria, no ha tenido ningún inconveniente en que los miserables, *sus* miserables (que sabe perfectamente le son indispensables para alzarse sobre el nivel en que se mantiene); *sus* miserables pasearon impunemente, según cuadra á la inmarcesible libertad á que rinden culto todos los ingleses, unos irónicos estandartes en que campeaban unas peticiones sin otro valor que lo escrito, las cuales eran: «Trabajadores de todo el mundo, unfos.» «Las mujeres pedimos el derecho al sufragio para que podamos cooperar á nuestra salvación social.» «Pedimos el derecho al trabajo para que nosotros y los nuestros podamos vivir.» «Trabajo para nuestros hombres; pan para nuestros niños.»

Estas peticiones, con todo y ser modestas, cuando no se imponen no se otorgan, y, si no, ved lo que contestó á la comisión que, en representación de los Sin Trabajo, parlamentó con el primer ministro Balfour. Dijo éste, poco más ó menos: «Sé que hay miseria en Londres, pero no puedo hacer nada. La idea del derecho al trabajo es una teoría socialista que ya se ensayó en Francia en tiempos de Luis Blanc y que fracasó ruidosamente. El gobierno no puede establecer industrias en que se dé ocupación á todos los sin trabajo, sean ó no útiles. No convoco las Cortes para resolver la cuestión porque las Cortes probablemente se ocuparían en otros asuntos. No creo tampoco que el problema se resuelva concediendo tierras á los sin trabajo, aparte de que sería muy difícil arrebatarla á sus actuales poseedores. Las factorías nacionales que se me piden, al atacar la iniciativa individual, minarían la fibra y la energía de los capitalistas y de los obreros, y el resultado sería convertir los actuales trabajadores temporalmente sin trabajo en gentes que hicieran su profesión de la falta de labor. En cambio, creo que la actual manifestación habrá servido para que nuestras clases ricas se convenzan de la importancia del problema y acudan en auxilio de los necesitados.»

Después de estas manifestaciones tan categóricas, ¿qué piensa hacer esa multitud de desahuciados? Lo de siempre: ó morir de hambre ó de una bala de fusil, pero sin resultados prácticos. ¿Por qué? Por esa falta de organización que hace del débil un fuerte. ¡Qué importa que ellos sean legión, si no forman cuerpo! ¡Qué sería de los aristócratas sin la homogeneidad que los fortifica, haciéndoles invencibles! Sólo ante una fuerza superior á la suya, como podría suceder si el proletariado, á más de la fuerza del número, tuviera cohesión y un correspondiente plan de ataque, quedarían arrollados.

Las calles de Londres se teñirán de sangre proletaria, los hospitales aumentarán sus altas diarias, la fosa común se tragará unos cadáveres más, el gobierno, los estadistas, suplicarán unas exiguas suscripciones que encabecerá gustosamente la familia real y continuará la gente del orden y de la paz, de la libertad y de la democracia nunca desmentidas, y por la noche todos descansarán, unos, en la podredumbre y el lodo, otros, entre finas sedas y ricas telas en espera de otra ocasión en que demostrar sus *altruistas* sentimientos; mientras el pueblo que comió durante la crisis momentánea no se curará de indagar causas y efectos y continuará ajeno al peligro que constantemente amenaza de modo indefectible á todos cuantos viven del jornal de su trabajo cotidiano; sin pensar que de nuevo volverán los días tristes y que quizás ellos serán esta vez los elegidos por la desgracia, continúan indiferentes ante los fenómenos del capital. No buscan, no quieren buscar el origen de las cosas, y, flotando su espíritu en la superficie de las cuestiones sociales, sufren como cosa fatal, como una especie de castigo divino, estas tremendas sacudidas que en el mundo económico realizan los capitalistas individualistas con el beneplácito de los gobernantes y que tanta sangre y dolores cuestan á todos los proletarios en general, en una ó en otra época...

LORENZO PATISSA

La jornada de ocho horas

«Desde el 1.º de mayo de 1906 no trabajaremos más de ocho horas.»
(Del manifiesto que la Confederación General del Trabajo dirigió á los obreros franceses.)

No es nuevo, pero hay que repetirlo una y cien veces más: *hasta que el obrero, por su solo esfuerzo individual y colectivo, no sepa adquirir mejoras relativas dentro las condiciones de trabajo, será una utopía la emancipación integral de los trabajadores.*

Es necesario que el proletariado dé fe de vida manifestándose bien en la lucha contra el capital, nuestro enemigo.

Y esta lucha, esta manifestación de vida, ha de ser continua, persistente, porque continua y persistente es la explotación que sobre nosotros, los trabajadores, pesa.

Para llegar al logro de nuestras aspiraciones, á la completa emancipación económica y social, es imprescindible que un día y otro día vayamos conquistando algo de lo que nos pertenece y que por nuestra ignorancia y debilidad continúa en poder de nuestros usurpadores.

La cuestión de limitar la jornada á *ocho horas* se ha hecho de absoluta necesidad, no tan sólo por lo que exclusivamente se refiere al trabajo, sino porque casi todos los que más ó menos nos preocupamos de la cuestión social, teóricamente, hemos llegado á las más altas y hermosas concepciones ideológicas, pero prácticamente aún estamos como treinta años atrás.

***

Muchas veces se ha intentado ya la limitación de la jornada á *ocho horas*, pero sea por lo que fuere —salvo raras excepciones— todas las tentativas han resultado casi totalmente fallidas.

Esto podrá haberlo motivado diferentes causas, pero nosotros estamos en la convicción de que es debido á que la mayoría de los obreros han ido á la lucha sin hallarse plenamente convencidos de la necesidad que hay, hoy más que ayer y mañana más que hoy, de disminuir la jornada, no precisamente á *ocho horas*, sino hasta cuanto se crea conveniente, puesto que —y tengan bien presente esto todos los obreros— *la disminución de la jornada no es ninguna finalidad, sino un medio para llegar á nuestra completa liberación.*

Si todos los trabajadores, todos los que sufrimos las consecuencias de la larga duración de la jornada reflexionáramos sobre esto, no el *1.º de mayo de 1906*, sino mañana mismo iríamos, no á pedir —que eso sólo lo hacen los mendicantes— sino á exigir, á tomarnos la jornada de *ocho horas*.

Ya empieza á ser hora, si no queremos quedarnos rezagados, de que hagamos un pequeño esfuerzo para lograr algo de nuestras reivindicaciones, y, siendo la limitación de la jornada á *ocho horas* una de ellas, es necesario ir á su conquista, pero no de cualquier manera, pues que para hacerlo mal es mejor no hacerlo, sino que, preparándonos bien de antemano, el día que vayamos á la lucha sea en buena forma, sin desmayos, sin vacilaciones y orgullosos de nuestro proceder revolucionario.

Y la mejor manera de prepararnos bien es la propaganda por todos los medios, en todas las formas, en el taller, en la fábrica, en el café, en folletos, en carteles, en conferencias; una propaganda que no cese un momento para que penetre por todas partes, en todos los cerebros, la convicción de la necesidad que hay de reducir la duración de la jornada á *ocho horas*.

UNO

El movimiento de obreros agricultores en Francia

Traducimos de la *Voix du Peuple* el siguiente manifiesto:

Manifiesto de la Sociedad (Sindicato) de Cultivadores de Bourbon-L'Archambault.

¡A los trabajadores del campo!

Compañeros: ¡Después de años y años, después de siglos y siglos, que desde la mañana á la noche estamos curvados al suelo, sin reflexionar nuestra suerte, sin mirar á nuestro alrededor, persuadidos que no es posible hacer otra cosa que darse una inmensa pena para comer un poco de pan!

Si en lugar de extenuarnos de tal manera, alguna vez hubiésemos levantado la cabeza, si nos hubiésemos preguntado quién se aprovecha de nuestro trabajo y si es justo sufrir tanto malestar para los otros, haría mucho tiempo que habríamos encontrado el remedio á nuestra desgraciada situación.

No obstante, nunca es tarde para corregirnos: juntémonos, pues, y respondamos francamente á estas preguntas:

¿Quién produce el trigo, esto es, el pan para todos?

¡El campesino!

¿Quién cultiva la avena, el maíz y demás cereales?

¡El campesino!

¿Quién cuida los rebaños que nos proporcionan la carne?

¡El campesino!

¿Quién cuida las ovejas que producen la lana?

¡El campesino!

¿Quién produce el vino, las frutas, etcétera, etc.?

¡El campesino!

¿Quién nutre la caza?

¡El campesino!

En una palabra, es al campesino que la sociedad debe sus alimentos, sus bebidas, sus vestidos.

Nosotros lo producimos todo... ¿Qué produce el arrendatario ó el propietario del terreno? Nada.

Y, sin embargo, ¿quién come el mejor pan, la mejor carne? ¿Quién lleva los mejores trajes? ¿Quién bebe el mejor vino y el champagne? ¿Quién se aprovecha de la caza? Los burgueses.

¿Quién se divierte y descansa á voluntad? ¿Quién se da todos los gustos? ¿Quién hace viajes de recreo? ¿Quién se pone á la sombra en verano y al lado del fuego en invierno? Los burgueses.

¿Quién se alimenta mal? ¿Quién bebe apenas vino? ¿Quién trabaja sin descanso? ¿Quién se cuece en verano y se hiela en invierno? ¿Quién tiene mucha miseria y muchas penas? El campesino.

Aún hay más: Los trabajadores del campo son á menudo burlados, insultados, ridiculizados por los mismos que viven en la ociosidad y disfrutan á sus costas. Los burgueses, en efecto, juzgan á los campesinos por sus apariencias exteriores, y se burlan de ellos porque tienen las manos gruesas y contrahechas por el trabajo, acribilladas y endurecidas por el frío, porque están á menudo curvados y miran constantemente al suelo, y, particularmente, porque no frecuentando la sociedad, son tímidos y no saben explicarse.

Compañeros del campo: nosotros somos pequeños, porque nos curvamos delante de los ricos: adèrecémonos de una vez, y nos apercibiremos que nosotros somos más grandes que ellos. ¡Tengamos conciencia de nuestra fuerza y de nuestra utilidad! Nuestros compañeros de las minas, de las fábricas, de los talleres, nos han enseñado el camino: ellos confían en nuestra organización, que será una fuerza inmensa para marchar adelante; no los hagamos esperar más. Ellos también sufren, ellos también sufren miserias y penas injustificadas de parte de los capitalistas explotadores. El día no es quizá muy lejano en que podremos unirnos todos para conquistar nuestra parte de bienestar y felicidad.

Compañeros del campo, reflexionemos bien esto:

Si mañana desaparecieran todos los cultivadores, ¿qué sucedería infaliblemente? El hambre general, una miseria atroz, la muerte probable de una buena parte de los supervivientes.

¿Y si mañana desaparecieran todos los señores?

Se puede muy bien suponer que nada iría peor y que, al contrario, la Humanidad haría un gran suspiro de alivio. Y nosotros, cultivadores, no tendríamos más ociosos á mantener haciendo la vida á sus anchas, no tendríamos más opresores para tenernos bajo yugo de hierro, no más groseros tiranos insultándonos sin motivo.

Consecuecia: mucha más libertad, más bienestar y mucho menos trabajo.

Y, no obstante, nosotros no deseamos la desaparición de nadie, pero deseamos ardientemente ver llegar el día en que todo el mundo se verá obligado á trabajar para vivir, en que no habrá más explotadores ni explotados y no se verá más el lujo de algunos levantado sobre la miseria de todos.

Esto vendrá seguramente, esto será el coronamiento de nuestra obra.

En marcha para el gran objeto, compañeros, y no desmayemos por las dificultades que vengan á entorpecer nuestra marcha.

¡Viva la emancipación de los trabajadores!

El látigo, la espada y el hisopo

Es vana quimera esperar la redención del moderno esclavo, si es que fiando en la magnanimidad de los señores no se decide á romper por sí mismo las cadenas de la servidumbre tradicional.

La libertad no espera, no se mendiga, se toma como cosa correspondiente á todos los habitantes del planeta, y, obedientes á la evolución de los tiempos, abolir, transformar y crear instituciones que sean base y garantía de nuestro bienestar común actual y sólida esperanza de una risueña vida tutora, es obra de todos los que nos sentimos oprimidos bajo el látigo, la espada y el hisopo.

El látigo del explotador desalmado y egoista no responde más que al interés particular de clase, y, enclaustrando al obrero en el inmundo taller, le absorbe todas sus fuerzas cerebrales y musculares para que á la salida, mucho más que en reclamar lo suyo, se preocupe en buscar distracción á la mente fatigada y escaso refuerzo á las energías perdidas en la taberna enervante y en el duro lecho de su desmantelado hogar.

La espada del autoritarismo, haciendo honor á quien la paga, como buena mercenaria, cumple perfectamente con su sangrienta misión apoyando al poderoso y hundiendo al humilde en el polvo de la insignificancia social. La burguesía y el autoritarismo realizan el despojo de la personalidad humana á que todo individuo tiene derecho, y lo realizan mancomunadamente para ser fuertes

y duros como la piedra que aplasta careciente de base.

Y el hisopo, ese irrisorio cetro que empuña el cura ladino, hipócrita y falaz, con sus gotas de agua bendita, refrenda, pone el *visto bueno* á cuanto realizan el látigo y la espada, todo á la mayor gloria de un dios que se oculta á la vista del cándido creyente para no evidenciar el sonrojo que le causa la contemplación de su propia obra.

¡El látigo, la espada y el hisopo! Sublime, suprema representación del mal, trágica trilogía bajo la cual una minoría de seres privilegiados, atiborrados de convicciones forjadas al calor de la estupidez humana, sonríe sardónicamente, cínicamente, mientras el dolor seca cerebros, estruja corazones, siega vidas á una inmensa mayoría de esclavos que, por no formular una interrogación á su presente, sondando el pasado y atisbando el porvenir, se conforman en aguardar la redención de la magnanimidad de los señores que, vagando en otra esfera, no quieren ni pueden, sin menoscabo de sus pretendidos derechos, lubrificar cerebros con la luz de la ciencia, dilatar corazones con la posesión de nuevos y eternos amores, y florecer vidas con la concepción de nuevos ideales...

L. P.

El próximo número de EL TRABAJO (134) aparecerá el día 13 de enero de 1906.

Remitido

Compañeros de EL TRABAJO:

En la fábrica de tejidos que los señores J. Sala Mirapeix poseen en la Carretera de Mataró, de San Martín de Provensals (Barcelona), tienen un mayordomo, director ó lo que sea, que ni hecho de encargo para abusar de los trabajadores que tienen la desgracia de caer entre sus garras.

Llámase el tal sujeto Juan Parés y se dice *muy* protector de los hombres.

Efectivamente: los que, según su modo de ver y apreciar las cosas, no se supeditan á sus extraños y extravagantes caprichos, les hace víctimas de su refinada hipocresía, poniéndoles (con *muy santa* intención, por supuesto) las piezas de peor calidad en los telares.

¡Vaya un protector como nos ha salido el pájaro ese!

Eso sí; he de hacer saber á los lectores de EL TRABAJO que nuestro hombre es un ferviente católico, apostólico, romano y... *báscula rovellada.*

¡Bien están los señores Mirapeix con tan *inteligente* director!

Nada, digo yo: que el mundo es de los farsantes.

UN OBRERO

Barcelona, 20 de diciembre de 1905.

Crónica del Exterior

Francia

La campaña por la conquista de las ocho horas y la propaganda antimilitarista continúa su marcha progresiva, preocupando en gran manera á los poderes constituídos. Ellos, los gobernantes, prosiguen también su infame campaña contra las organizaciones obreras, con el fin de amedrentar á los trabajadores que piensan y luchan por su bienestar.

Las Bolsas del Trabajo son cerradas herméticamente al menor soplo de agitación, y ahora sucede casi por igual con los trabajadores empleados en los talleres y fábricas del Estado. A los proletarios que más se distinguen por su amor á la causa del trabajo se les está buscando cosquillas continuamente, y el gobierno trata nada menos que de quitar el derecho de asociación y de huelga á dichos empleados, quiere regimentarlos como soldados, cosa con la que no se conforman dichos proletarios.

En efecto, las sociedades de resistencia de trabajadores del Estado de todas las provincias, ciudades y de los establecimientos públicos, han decidido crear en toda la Francia un vasto movimiento en favor del derecho sindical por todos los funcionarios en general.

La Confederación General del Trabajo advertirá en tiempo oportuno todas las Bolsas del Trabajo, con el fin de que ellas presten su apoyo á todos los trabajadores del Estado, su apoyo moral y material. Además, se ha decidido que un gran mitin tenga lugar al mismo día en toda la Francia, y que precederá de algunos días la discusión del proyecto de ley que anatematiza el derecho sindical.

El Estado se horroriza al pensar que en un día dado los obreros no harán cañones, barcos de guerra ni municiones y que pueden *matar* las guerras, sin disparar un tiro, con sólo cruzarse de brazos, y es por eso que el gobierno republicano ya no sabe qué arbitrariedades inventar contra el trabajador que desea un plato en el banquete de la vida.

***

Hace algunos días que los diamanteros de París están en huelga por motivos de solidaridad.

Los obreros parisienses ganan salarios que varían entre unas 80 pesetas por semana. Esta huelga no es, pues, un paro por miseria; ella persigue el fin, aumentando su bienestar, de equilibrar los precios de la mano de obra de los diamanteros de París con los de Amsterdam y Amberes, que, por el mismo trabajo, son retribuídos á razón de 21 pesetas por semana.

Los patronos parisienses compran la materia bruta á los mismos precios que sus colegas de Holanda y Bélgica y la vuelven á vender á los mismos precios que ellos. Por consiguiente, era de suma necesidad que se equilibrara la mano de obra entre varias naciones.

Rusia

La revolución arrecia de lo lindo en este país de Rusia.

La política hipócrita y criminal del conde Witte está dando pésimos resultados. Mientras por una parte promete muchas garantías y libertades al pueblo oprimido, por la otra ametralla al proletario de manera muy bárbara, y esto hace que al pueblo moscovita haya perdido toda clase de esperanzas en Wite y demás personajes que velan á ese muerto que se llama zar. Y por eso vemos esas huelgas generales, dignas de encomio, que sirven de utilísima luz al proletariado universal. En la revolución rusa tenemos que aprender, nosotros los españoles, para cuando llegue el próximo 1.º de mayo.

Evoluciones

Muchas veces se me había ocurrido y lo guardé para mejor ocasión. He aquí lo que era objeto de mis dudas.

¿Qué relación existe entre el vestido y la civilización?

Indudablemente. Los primeros hombres iban desnudos, y yo alabo el gusto, si realmente la desnudez era de él efecto. Pero ¿por qué cubrieron después de mallas sus cuerpos? Porque tuvieron necesidad de resguardarlos de las piedras, palos, flechas, lanzas y balas de sus enemigos. Luego, no inventó el vestido la doncella pedibunda, ni la madre cuidadosa del honor de su hijo. Inventólo el guerrero, el más impúdico de los morales. Se construyó un castillo móvil, un arma ofensiva ó, si se quiere, una piel artificial más resistente que la natural á los cuerpos extraños. De esta manera es como la tela que cubría y cubre el cuerpo humano, guarda relación con el estado intelectual de las generaciones.

Cuanto más guerrero y más necesidad de guerrear ha tenido el hombre, con materias más consistentes ha cubrido su cuerpo. Durante muchos siglos el hierro era su primera epidermis. Para sustraerse á los rigores del sol, bastaba la sombra; para los del frío, bastaba el sol, y, en su defecto, el calor. No abonan otra cosa ni la comodidad ni la higiene.

Hase visto como á medida que los pueblos dejaban la lanza por la cazada primero, y el mosquete por la lanzadera después, cubría sus carnes de telas más ligeras y hoy apenas si nuestros vestidos sirven para otra cosa que para privarnos del benéfico influjo que sobre nosotros tienen los agentes atmosféricos. Es decir, que cuanto menos peligrosos han sido nuestros semejantes, menos hemos defendido nuestros cuerpos, no contra los rigores de la naturaleza, sino contra los de los hombres.

Así, pues, el odio hacia el enemigo y el temor á su brazo, fué la única razón del vestido y estoy por creer que cuando habremos dejado de ser adversarios, nos despojaremos de este ropaje, no sólo por inútil, también por perjudicial á la vida, á las satisfacciones y á las comodidades.

***

Otra cosa.

¿Por qué el obrero de hoy goza más comodidades que los reyes primitivos? En principio, porque, no habiendo camas, habían de dormir al suelo, y al suelo habían de sentarse no habiendo sillas. Pero aparte de esta igualdad que reconocía por causa más la falta de industria que la de medios de beneficiarnos de ella, hemos de convenir en que existe una estrecha relación entre la evolución del bienestar y la del sentimiento.

La fraternidad, esa palabra que alguien considera vacía de sentido, porque vacío tiene el corazón, es verdaderamente una doctrina; más que una doctrina, una necesidad de los organismos educados.

Mejorar las condiciones del prójimo y la condición propia es amor hacia nuestros semejantes y hacia nosotros mismos. Y si la idea de que algún día puede faltarnos el pan ó de que puede faltar á nuestros seres amados no tuviera razón de ser, que la tiene en una sociedad en la que hemos de vivir explotándonos unos á otros, hasta estos mismos encanallados capitalistas que tienen el corazón acorazado por el tanto por ciento, se complacerían en ser parte al bienestar de los demás, porque no se comprende la vida sin cariños. Tanto no se comprende, que todo el mundo se procura seres y objetos á quienes dar amor y vida.

El sentimiento es un tesoro interno como lo es la idea. Hánlo constituído las generaciones con sangre, penas y fatigas. Cada nuevo siglo nuevos goces y nuevos amores; amores que parten de uno mismo y llegan á los más apartados rincones del mundo, amores que se ensanchan á medida que el hombre se civiliza; goces que se multiplican como los cariños.

¿Qué es el odio? ¿Una solución? ¿Un medio? Es sencillamente un tormento.

Zola, en un momento de excitación producida por las injusticias de que es víctima, ha podido decir que el odio es santo y que reju-

para publicar el periódico *El Nuevo Malthusiano,* publicación eventual que se edita en Barcelona substituyendo á la revista *¡Salud y Fuerza!,* suspensa por procesos. Los compañeros que aguardaban este número 3 de *El Nuevo Malthusiano,* habrán de esperar que las garantías constitucionales sean restablecidas en Barcelona, para leer lo que les interesa saber.

La Redacción de *El Nuevo Malthusiano* envía un saludo á todas las publicaciones que se sirven favorecerla con el canje de sus periódicos, y ruega la dispensen si no reciben el cambio de su periódico, debido á fuerza mayor.

Agradeciendo vuestra atención, os deseamos S. y E.—*Por la Redacción,* LUIS BULFFI.

Noticias y comentarios

Se están imprimiendo etiquetas de propaganda para conquistar la jornada máxima de *ocho horas en primero de mayo próximo,* engomadas para pegarse con facilidad por todas partes á fin de despertar á los indiferentes, editadas por algunas secciones de oficios de ésta y de Barcelona, y en esta Administración serviremos desde la semana próxima cuantos pedidos se nos hagan, al precio de 1'50 pesetas millar.

✿

Agotada la primera edición del hermoso folleto *La jornada de ocho horas,* se está editando una segunda edición, corregida, que recomendamos á todas las sociedades de oficios de España repartan entre sus asociados y no asociados de su respectivo oficio.

Dicho folleto consta de 32 páginas, y, muy bien impreso, se vende á 3'50 pesetas los 100 ejemplares.

Los pedidos, acompañado su importe, al director de EL TRABAJO, Estrella, 110, Sabadell.

✿

Desde el día 1.º de abril hasta el 31 de diciembre del año próximo pasado, han salido de nuestra biblioteca, para ser leídos en casa, 120 libros.

Al invitar á los compañeros á que se llevaran los libros á sus casas, no creímos obtener tal resultado.

Esto prueba que el obrero desea instruirse y aprovecha todas las ocasiones que puede hacerlo.

Nuevamente recomendamos á nuestros compañeros que vengan á visitar la biblioteca.

A instruirse, y fuera vicios.

✿

La Unión Local de Barcelona ha emprendido una activa campaña á favor de la jornada de ocho horas en 1.º de mayo próximo. Para dar más amplitud á sus trabajos, ruega á todas las sociedades obreras de España se sirvan darle sus respectivas direcciones.

Dirigirse á José Monfort, Sociedad de Albañiles, calle de Roca, 32, 1.º, Barcelona.

Se desea la reproducción en toda la prensa obrera.

✿

El sábado 27 del corriente tendrá lugar, en el «Centre Líric Dramàtic» de esta ciudad, una interesante velada, poniéndose en escena el sensacional drama en tres actos, de Eugenio Brieux, traducido al catalán por la «Agrupació Avenir», *Els Tarats,* precedido de una conferencia por el Dr. Serrallach, especialista en las enfermedades sifilíticas.

✿

Desde 1.º de año, la casa Rafael Lagarriga se ha puesto á la altura de los demás fabricantes pagando á sus tejedores al precio de 27 pesetas, gracias á las gestiones hechas por la Junta de éstos.

Libros recibidos

Del compañero Felipe Cortiella hemos recibido el drama que acaba de publicar en catalán titulado *El Morenet,* estrenado con éxito en la «Vetllada Avenir» celebrada el 6 del pasado diciembre en el teatro Apolo de Barcelona.

Agradecemos el envío.

Esta obra se encuentra en la librería de Antonio López, Rambla del Centro, 20, Barcelona, y cuesta 2 pesetas.

Han llegado á nuestra Redacción los cuadernos 5, 6, 7 y 8 de la notable obra de Elíseo Reclús, *El Hombre y la Tierra,* traducida por Anselmo Lorenzo, bajo la revisión de Odón de Buen.

Precio del cuaderno, 50 céntimos.

Obran también en nuestro poder los folletos *Rebeldías Cantadas* y *Producción Libre,* autor del primero José M.ª Blázquez de Pedro, y del segundo, Andrés Girard.

Punto de venta de *Rebeldías Cantadas,* Colón, 5, Béjar (Salamrnca); precio del folleto, 25 céntimos.

Punto de venta de *Producción Libre,* administración, librería y subscripciones de J. Vives, Reus; precio del folleto, 15 céntimos.

Subscripción para los presos por cuestiones sociales

LISTA 15

José Casas, 0'50; P. M., 0'25; J. Ll., 0'25; M. Montané, 0'05; J. Rodó, 0'50; J. N., 0'25; J. T. M., 0'25; Miquel, 0'25; A. Avellaneda, 0'25; J. Armengol, 0'25.

Total, 2'80 pesetas.

Continúa abierta la subscripción.

Sdad. Anón. LA NEOTIPIA, P. Gracia, 77.—Barcelona.